

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.**ELECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA IULSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Lunes 12 de Octubre.

El Eco de Cartagena.

CARTAS DE UN DESOCUPADO.

A CADIDO.

Aunque en la mia del 3 prometí escribirte el día siguiente, no lo hice porque quise celebrar la fiesta de nuestra Patrona Santa Rosalía de Palermo, que si bien se vió favorecida por Dios de una hermosísima cabellera, no cayó en la tentación de emplearla tan mal como las mujeres cristianas de nuestros días.

Pensaba pedirte permiso para seguir tratando la cuestión peliaguda y peliobtusa que dejé pendiente, pero me he entrado de roncho en ella sin advertirlo.

¿Os ha invadido también en ese pueblo el peinado à lo gamin? Temo que sí, pues las niñas de los pueblos no son las últimas en adaptar las modas y son siempre las que más exageran, pues todo su criterio estético se reduce à creer que lo más exagerado es lo más bonito y más elegante. Si por casualidad, à causa de la interrupción de la via férrea, aun estais libres de esta epidemia, vale la pena de que hagais un viaje à Barcelona, donde verás que nuestras jóvenes, y algunas que ya no lo son, llevan medio cubierto el rostro con una careta de pelo así como las antiguas damas venecianas la llevaban de tafetan. Vivimos, pues, en continuo carnaval, como en Venecia... y perdonen esta comparación las graciosas venecianas, pues la uso sin intención de ofenderlas y con el solo propósito de que me entiendan mejor. Este peinado ó despeinado consiste en cortar el pelo más inmediato à la cara; dejándolo largo de media cuarta ó poco más ó menos caído sobre el rostro, ya rizado, ya simplemente despeinado imitando la estopa, ó pegado à la frente en forma de fleco ó como visera charolada. Horri-

ble, amigo mio, horrible! ¿Has oido hablar de unas vírgenes consagradas al Señor que, en una ciudad asaltada, se desfiguraron los rostros para librarse de la brutalidad de la soldadesca? Pues es esto, y dudo que aquellas santas mujeres lograran mejor su objeto clavándose en la cara sus uñas inclementes que si hubiesen apelado al peinado de moda en nuestros días y en nuestras tierras.

Yo tenía un amigo, literato, persona de edad, muy bueno, pero muy distraído: todo lo hacia aprisa, pero siempre llegaba tarde. Si tenía una cita à las dos, salía corriendo de su casa à las dos y media, vistiéndose al bajar la escalera y poniéndose la peluca en el portal. Como hacia el tocado con tan malas condiciones, escusado es decir que no salía irreprochable, en lo cual tampoco él se paraba mucho. En más de una ocasión, yo ó algun otro amigo suyo, le detuvimos cuando iba por la calle disparado, para decirle: «Sr. D. José, ¿dónde va V. tan aprisa y con la peluca al revés?» Efectivamente el pelo lacio ó estoposo, según el momento histórico de aquella maltrecha peluca, que debía taparle el cogote le caía sobre la frente hasta escarabajarle los ojos. Cada vez que veo un peinado à la última moda, recuerdo, por asociación, la peluca atravesada de mi difunto amigo.

Otro escritor catalán, de agudo ingenio, hace una observación muy atinada sobre este famoso peinado: «El diablo son las mujeres—dice:—Dios ha querido distinguir al sér racional de los animales dándole una frente limpia y despejada, y nuestras jóvenes se empeñan en suprimir el distintivo.» La observación como ves, es ingeniosa y atinada, pues en realidad las que no salieron muy favorecidas de la naturaleza parece que se proponen acreditar que descienden del chispazé ó del gorilla. Pero en esto niegan la ley hasta del progreso materialista, pues los menos generosos con el género humano admiten la evolución hacia arriba, pero no hacia abajo; sostie-

nen la transformación hacia adelante, mejorando, no la transformación hacia atrás, desmejorando.

Solo en los cuentos de hadas se halla el caso de una jóven hermosa convertida en bestia, pero no por propia voluntad sino por arte de encantamiento, ó como castigo de faltas cometidas ó por celos y envidia de alguna hechicera. Lo de ahora es caso nuevo, nunca visto, y poco digno de ser imitado ni alabado.

Si no estoy trascordado, yo asistí al nacimiento y bautizo de esta moda singular. En 1866, se hallaba en París una compañía de artistas que meía mucho ruido y ganaba muchos cuartos representando cada día, en el Circo, una pieza ó farsa titulada: «Mazzepa.» La celebridad y fortuna de esta troupe le venia de una amazona norte-americana, jóven de diez y ocho años, sumamente graciosa y locamente atrevida: estatura regular, perfectamente proporcionadas todas las partes de su cuerpo; cabeza echada arrogantemente hacia atrás y cubierta de una cabellera espesa, negra y ondulosa; cara redonda, rostro pálido, ojos rasgados, grandes, pero no saítones: mirada brillante y vaga, reveuse, como aquí se dice. Faltábale flexibilidad en los movimientos, lo cual le daba cierto aire varonil que le cuadraba bien para el papel que representaba, que era el del protagonista de lord Byron. Desnudábanla, atábanla à los lomos de un caballo, tan admirablemente adiestrado que siendo dócil, imitaba la indomada fiereza de un potro-cerril, y sin ninguna clase de arreos lo soltaban desde la cúspide de una montaña sembrada de grandes peñas. Libre el impetuoso bruto y sintiendo el aguijón de la desusada carga, salía à escape hinchadas las narices, arrojando llamas por los ojos, erizadas las cines, y se precipitaba ciego por aquellos artificiales despeñaderos. La ilusión era completa, la emoción grande, y cuando traían ante el público pàlida, sin sentido, ensangrentada, à la amazona, que el caballo arrojara al

precipicio, ó que se habia despeñado con el caballo, los espectadores suspendían el aliento, hasta que, al verle dar señales de vida, prorumpían en un estrepitoso aplauso. Era por un lado la necesidad de expansión de los corazones largo rato comprimidos y la aprobación de un arrojo y de una destreza verdaderamente extraordinarias. El desorden en que se presentaba la amazona, aparente cadáver destrozado por las rocas y las malezas, era un desorden estudiado, aunque se ocultara el arte con habilidad; y de seguro no eran naturales ni obra del acaso los dos cortos bucles de cabello que sombreaban su pàlida frente, ni la mirada angustiada y como extraviada por el miedo y el sufrimiento, con que se presentaba à saludar al público, que la aplaudia y vitoreaba írenéticamente.

Miss Mekel—este era el nombre de la heroína, si la memoria no me es infiel—fué la lionne de París durante algunos meses. En todas las estamperías se veía su retrato, que reprodujeron los periódicos ilustrados de aquel tiempo. Dumas, el padre, la tomó bajo su protección y contribuyó à aumentar su celebridad. Recuerdo que se vendía un grupo fotográfico en que se veía à Dumas sentado y à miss Mekel de pié, apoyada en el hombro del fecundo escritor. Dumas llamaba à miss Mekel mon gamin, «mi pilluelo,» porque en realidad, vestida de hombre, con el pelo corto, y por sus maneras natural ó artificialmente desenvueltas, se parecía à uno de esos pilluelos de París que son el terror de los ancianos y achacosos, de los tenderos ambulantes, de toda la gente pacífica y pacota.

Como en París hay gente que todo lo aprovecha para llamar la atención, empezaron algunas cocottes à presentarse con el pelo à lo gamin para imitar à la Mekel, à la lionne, à la que con su fama era objeto de la atención y de las conversaciones del distraído pueblo de la gran Babilonia.

La primera vez que vi à una de esas desdichadas pasear por el bou-